

# EL JARDÍN IMPÍO

## JUAN MIGUEL FERNÁNDEZ

DOLMEN  
EDITORIAL

*Para mi mujer, Eva. Ella que sí ha  
sabido cuidar y alimentar el jardín  
de mis pasiones, con el rocío de sus  
miradas y el calor de sus sonrisas.*

# I

## LA SEÑORA ROSA

*Villa Nova. Invierno de 1987.*

Aquella era una fría noche de invierno. Afuera el temporal arreciaba, y el viento arrastraba los helados copos de nieve, haciéndolos danzar en medio de la oscuridad. Los caminos estaban ahora tapizados por aquella manta de blancura y las ramas de los árboles, combadas por el peso de la gélida estación. La joven Rosa observaba fascinada aquel resplandeciente marco desde el otro lado de su ventana. Dentro de casa se estaba muy bien, al abrigo de aquellas paredes de acogedor abrazo. Por supuesto, la calefacción eléctrica caldeaba de forma agradable las estancias de su hogar, y por lo tanto, aquella lengua gélida del invierno y su helado aliento no podían atenazar su piel. Había ocasiones, como aquella, en que la mujer agradecía de corazón el que su marido pudiera hacer uso de tan avanzadas tecnologías. A menudo solía reprocharle el que estuviera tan obsesionado con determinados artilugios de tan moderna naturaleza. Sin embargo, no lo hacía con demasiada inquina, pues sabía muy bien que su amado estaba rotundamente ligado al mundo de la ciencia.

Mientras todas aquellas ideas pasaban por su mente de forma un tanto peregrina, unos murmullos llegaron desde el salón, envueltos en el aire templado que allí se respiraba. La incomprendible cacofonía fue tomando un poco de sentido y de inmediato la devolvió a la realidad. Los tres hombres que habían llamado a su puerta minutos antes, pidiendo cobijo, ya debían de haberse secado y cambiado la ropa.

Parecían bastante jóvenes y hacían gala de una exquisita educación. Su porte elegante, así como sus refinados modales, representaban una excelente carta de presentación. No en vano, se ha-

bían presentado a sí mismos como comerciales de una conocida marca de productos de belleza. Por todo ello, la joven no mostró excesivos reparos a la hora de prestarles abrigo bajo su confortable techo. Aunque llevaba ya buena parte de la semana nevando sin parar, horas antes no parecía que fuera a hacerlo nuevamente, pues el cielo había estado despejado, mostrando las rutilantes estrellas durante la primera hora de la noche. Debido a ello los tres jóvenes se habían visto sorprendidos por el repentino azote de una nueva ventisca, y estando donde estaban, no tuvieron más remedio que solicitar ayuda en la casa que tenían más cercana.

—Las prendas de mi marido les sientan como un guante —comentó ella con aire jocoso. Su marido era un hombre de amplias espaldas y aquellos jóvenes eran más bien enjutos de cuerpo, aunque no precisamente esmirriados, ya que parecían gozar de buena forma física, y las ropas por tanto les quedaban un tanto holgadas. Aunque también es cierto que esta graciosa circunstancia se veía un tanto atenuada por la altura de los chicos, que sobrepasaba ligeramente la del antes mencionado marido.

—Oh, muchas gracias, señora. La verdad es que a nosotros casi todo nos sienta bastante bien —respondió el que parecía mayor y más extrovertido de los tres, mostrando una amplia sonrisa de agradecimiento en el semblante.

Mientras intercambiaban este tipo de comentarios, con intención de establecer un diálogo que hiciera a todos sentirse un poco más a gusto, la joven Rosa entró en el salón, que estaba en la parte trasera de la casa. Aquel era un hogar un tanto peculiar, puesto que estaba ubicado en la zona más alta de ese pueblo. Las casas más cercanas se encontraban un poco más abajo, tras descender por una pista de hormigón y llegando a la cima de una peculiar escombrera, donde años atrás habían construido una barriada. Por tanto, desde gran parte de las ventanas de esa casa se dominaba una hermosa vista de las colinas que delimitaban la zona y una parte sustancial de la villa.

La vivienda gozaba de todo tipo de modernas comodidades, y aunque no era muy grande, era lo bastante amplia como para que una familia pudiera hacer su vida con holgada satisfacción. Incluso a la entrada disponía de un amplio jardín con todo tipo de plantas.

—No sean vergonzosos, por favor, siéntense ustedes en mi sofá y enciendan un rato el televisor. Mientras tanto, yo iré a calentarles algo para que puedan templar sus cuerpos —les invitó ella con gesto afable.

—No quisiéramos abusar de su amabilidad, señora. Ya nos ha mostrado un gran sentido del civismo al dejar que unos desconocidos como nosotros entraran en plena noche en su hogar para poder cambiarse las ropas empapadas. Sin embargo, ahora nos sentiríamos un tanto incómodos al prolongar de forma abusiva nuestra estancia aquí dentro —arguyó el que antes había hablado. Era un joven que aparentaba unos veintisiete años, de complexión atlética, facciones angulosas pero bellas, y cabello muy oscuro que solía llevar peinado hacia atrás. Precisamente en aquellos momentos se lo estaba arreglando con ayuda de un peine que ella les había proporcionado.

—No sea usted tonto. De esta forma me harán un poquito de compañía mientras mi marido regresa de su trabajo. Algunas veces me siento demasiado sola aquí, en esta casa tan solitaria, pues, aunque me considero afortunada de tener un esposo magnífico, en algunas épocas su trabajo le mantiene ocupado y ausente durante buena parte del día.

Al decir aquello pareció como si, por un instante fugaz, en su jovial mirada brillara un ligero destello de tristeza. Esto no les pasó en absoluto desapercibido a sus jóvenes huéspedes. Sin embargo, aquel gesto risueño que desde el principio habían visto iluminar su mirada volvió a ella tan rápidamente que en el fondo no supieron si no habrían sido engañados por algún tipo de efecto óptico.

—Además, a no ser que quieran ustedes llevarse las ropas de mi marido, viéndose de esta forma obligados a volver otro día para recuperar las suyas, aún tienen que esperar un buen rato hasta que estas se sequen del todo. Las puse como bien he podido, desplegadas sobre algunos de los radiadores de mi casa —concluyó antes de irse nuevamente hacia la cocina.

Cuando la mujer se retiró, dejándolos solos otra vez en el salón, los tres jóvenes se sentaron en silencio en el cómodo sofá que había junto a la pared más cercana a la puerta de la estan-

cia, y que miraba justo hacia la ventana del fondo, al lado del televisor. Durante un momento, los tres se quedaron pensativos, y el más extrovertido de todos miró a sus amigos con cierto gesto de complicidad. No había que ser demasiado perspicaz para adivinar qué demenciales conjeturas comenzaban a hilvanarse dentro de aquel cerebro. Por ello, los otros dos enseguida comprendieron lo que estaba pensando.

—Ya habéis oído, chicos —comenzó a decir finalmente, cuidando que su tono de voz no fuera demasiado alto—. Ha dicho claramente que está desesperada por un poco de compañía. Habría que ser muy cortos de miras para no darse cuenta de lo que realmente está insinuando. —Mientras decía aquello su ceja derecha se enarcó en un gesto de mayor complicidad.

—Joder, Arturo, no empieces a decir tonterías —lo cortó uno de sus compañeros al instante. El tercero parecía mucho más tímido que ellos y se limitó a observarles desde la esquina más alejada del sofá—. Simplemente trata de mostrarse amable y ya está.

—Sí, de mostrarse amable, claro —replicó el primero con sorna—. Lleva mostrándose desmesuradamente amable desde el principio. Vamos, no me digas que te parece normal su comportamiento. Está claro que busca algo. Está claro que está desesperada por algo muy concreto. Si no, ¿cómo te explicas que haya dado cobijo a tres extraños en su hogar, estando completamente sola como está? Y luego está esa ridícula forma de dirigirse a nosotros. Parece que es una viajera del tiempo, proveniente de la época victoriana. Lo cierto es que me está resultando hasta gracioso seguirle el juego.

—Pues sencillamente porque es demasiado joven e ingenua como para darse cuenta de que por el mundo hay muchos desgraciados como tú, que tan sólo ven insinuaciones lascivas en donde únicamente hay gestos de amabilidad —sentenció su compañero, cuyos lacios cabellos aún permanecían un tanto húmedos sobre su frente.

La velada discusión tuvo que ser bruscamente interrumpida, pues, aunque los pasos amortiguados de las coquetas zapatillas de andar por casa que la joven Rosa llevaba en los pies no

delataron su presencia en el alargado pasillo, sí lo hizo el hecho de que viniera canturreando una alegre melodía.

—Les he calentado un poquito de caldo, pues lo cierto es que tampoco tenía gran cosa a mano. Espero que les guste. De todas formas, si quisieran algo de leche caliente o cualquier otra cosa, háganmelo saber, por favor, y veré si puedo complacerles.

Antes de que el tipo llamado Arturo dijera algo, su compañero se le adelantó esta vez, indicando que así era más que suficiente y que no querían molestar demasiado.

—Hemos de irnos en cuanto amaine un poco el temporal, señora. No es que menospreciemos su amabilidad, tan sólo que tenemos cosas que hacer —fue la tímida explicación que dio el otro joven, intentando que su compañero interviniera ahora lo menos posible en la conversación. Sin embargo, sus esfuerzos fueron infructuosos, pues tras unos segundos de silencio, Arturo volvió a tomar partido en ella.

—De modo que su esposo aún tardará hoy en llegar —comenzó diciendo, para turbación del otro—. ¿Sería muy impertinente por mi parte preguntarle cuál es el trabajo que mantiene a su marido alejado tanto tiempo de una mujer tan hermosa?

La mujer era verdaderamente tan hermosa como el joven aseveraba. De mediana estatura, quizás un poquito más alta que la mayoría de las mujeres del lugar. Sus cabellos eran oscuros como el azabache, lisos y largos hasta más allá de los hombros, pero con el flequillo recortado sobre las cejas perfiladas. Tenía unos ojos almendrados, enmarcados deliciosamente por unas pestañas largas y curvadas, donde brillaba casi de forma constante una chispa alegre, que a veces era difícil no confundir con coquetería. Su cuerpo era esbelto pero de formas bien definidas, aunque en aquellos momentos permanecían ligeramente disimuladas bajo aquel grueso pijama de algodón. Y si bien este ocultaba parte de sus encantos, no hacía que su atractivo se viera en absoluto atenuado. Pero había un pequeño detalle, un lunar en su pómulo izquierdo, que extrañamente la dotaba de algún tipo de sensual encanto que iba más allá de lo meramente explícito.

—Debe perdonar la indiscreción de mi amigo Arturo, señora —intervino inmediatamente el otro, antes de que ella pudiera

decir nada—. Estamos todos un poquito cansados, y seguramente no se dará cuenta de lo incómoda que puede ser para usted semejante pregunta. —Justo al terminar de exponer su disculpa, el joven se dio cuenta de su propia torpeza. Y es que analizando sus palabras, daba la impresión de que insinuaba que su marido desempeñaba algún tipo de profesión inconfesable.

—La verdad es que no me molesta la pregunta para nada —atajó la joven, viendo cómo este segundo interlocutor enrojecía por la torpeza de sus palabras—. Aunque si les digo la verdad, algunas veces ni yo misma sé muy bien lo que hace. —En ese momento se dibujó una expresión de curiosidad, que delataba cierto desconcierto, en los semblantes de sus inesperados invitados. La joven tomó asiento sobre un cómodo butacón que había más allá del sofá, en la posición más alejada de Arturo y cerca del joven que prácticamente no había hablado en toda la noche—. Sé que su trabajo está muy íntimamente ligado al mundo de la ciencia, la física, las tecnologías electrónicas e informáticas, y los últimos avances dentro de esos terrenos, para mí tan indómitos y a veces desconcertantes. La verdad es que no soy una persona que se considere especialmente tonta o inculta, no en vano desempeño con orgullo mi humilde profesión como profesora de primaria. Pero algunas veces, mi marido me habla de materias tan avanzadas que me resulta difícil seguir sus apasionados razonamientos. En ocasiones me parecen curiosidades interesantes; sin embargo, algunas otras veces me da la impresión de que es un mundo demasiado frío y deshumanizado.

»Como sin duda habrán podido observar —puntualizó luego, posando una vez más su hermosa mirada sobre cada uno de ellos, como si de pronto retornase de las hondas reflexiones que acababa de expresar en voz alta—, nuestra casa, aunque no demasiado grande ni lujosa, no carece, sin embargo, de comodidades de última generación, como una calefacción eléctrica de bajo consumo y alto rendimiento, electrodomésticos provistos de complejos programadores, ordenadores personales que ni tan siquiera algunas de las más modernas empresas pueden tener a su servicio, y un sinfín de pequeños etcéteras.

Tras aquella explicación, se hizo un corto pero incómodo silencio. La alegría y jovialidad de aquella atractiva joven parecía verse un tanto empañada por aquellas cuestiones que acababa de exponer. Era como si mostrase una extraordinaria devoción hacia su mencionado marido, pero por otra parte se sintiera un tanto desangelada ante la entrega desmesurada que este demostraba en algunas ocasiones para con su trabajo.

—Espero, por el bien de la humanidad, que su marido no ose desatender en ningún momento las necesidades de una mujer tan alegre y hermosa como usted. —Ante aquellas atrevidas palabras que Arturo pronunció sin reparos, incluso la extrovertida Rosa sintió cierto resquemor, aunque trató de quitarle importancia al asunto, pues el joven parecía estar de broma, y en realidad sintió que era culpa de ella el que sacase semejantes conjeturas, ya que había expuesto los hechos tal vez con demasiado apasionamiento y sinceridad ante unos completos desconocidos—. No me malinterprete, por favor. Tan sólo quería decir que sería injusto gozar de una suerte tal como la de tener a semejante mujer durmiendo en el mismo lecho y no saber complacerla como es debido.

Aunque Rosa no supo muy bien si aquella última frase la hacía sentir mejor, se dijo a sí misma que aquel hombre tan sólo pretendía ser amable. Sin embargo, ya empezaba a sentirse un tanto incómoda por el cariz que había tomado la conversación.

—Arturo, por favor, te recuerdo que tus palabras pueden estar incomodando a nuestra amable anfitriona —intervino entonces el otro joven, no sabiendo muy bien qué decir ante las desafortunadas afirmaciones de su amigo.

—No se preocupen, no tiene importancia —les aseguró ella—. Además, la culpa es mía, por no saber expresar mis pensamientos con suficiente claridad. No quise decir que mi marido me tenga desatendida ni nada parecido. Al contrario, por Dios. No creo que ningún otro hombre pudiera llegar a hacerme sentir jamás tan feliz. Es apasionado, comprensivo, atento, alegre y un sinfín de cosas que valoro muchísimo. Me siento la mujer más afortunada del planeta.

Tras decir aquello, se volvió a formar otro incómodo silencio. Pero esta vez fue roto bruscamente por un sincero torrente de

carcajadas que brotaron con sorprendente alegría desde las entrañas de aquella peculiar mujer.

—Siento estar aburriéndoles con mis historias de joven enamorada. Cualquiera diría que están ante una colegiala que siente por primera vez el certero flechazo de un Cupido especialmente inspirado.

Ante aquellas risas inesperadas, los otros tres sintieron cierto alivio y notaron cómo el ambiente volvía a relajarse. Aunque ciertamente, uno de ellos nunca había llegado a sentirse del todo incomodado, pues para Arturo todo aquello no era sino un entretenido juego, y quizás pudiera ser que incluso disfrutase más cuando la cosa se ponía un tanto tensa.

—Iré a ver cómo están sus ropas —indicó luego ella, levantándose de su butacón con silenciosa rapidez. Su cuerpo flexible algunas veces hacía gala de movimientos tan ágiles como los de una gacela, pero al mismo tiempo llenos de una deliciosa gracilidad.

—Es evidente que has terminado con su paciencia, Arturo. Algunas veces no sabes dónde está el límite —amonestó a su amigo el otro joven—. Ha tenido que retirarse para no mostrar su turbación, pues está claro que nuestras ropas no pueden estar secas todavía, y tan sólo usó eso como excusa para poder ausentarse de nuevo —ahora el tono de voz utilizado por el hombre era mucho más bajo que anteriormente.

—Vamos, Johnny, deja de fastidiarme ya la noche. Si no quieres unirme a la fiesta, nadie te está obligando a que lo hagas. Yo por mi parte no pienso desatender la llamada que este encanto de mujer claramente nos está lanzando con su mirada y sus constantes insinuaciones. —Mientras decía aquello ya se ponía en pie con lenta determinación, mirando a su amigo fijamente a los ojos con un destello de lujuria en la mirada—. ¿Tú qué dices, Walkie, te unes a la fiesta o te quedarás aquí pasmado mirando las tonterías que dan por la tele?

El aludido miró a su vez con tímido gesto hacia Arturo. Parecía un tanto asustado ante la actitud del otro, sin embargo, no se atrevió a contradecirle en ningún momento.

—Yo... yo prefiero quedarme aquí —fue la escueta contestación que pudo apenas articular entre lo que casi parecían balbuceos.

Antes de que Johnny pudiera hacer algo para detener a su enfebrecido compañero, este ya se había acercado hasta el umbral de la estancia y llamaba a su anfitriona fingiendo solicitar ayuda.

—Señora Rosa, me gustaría que nos aclarase una cosa si no es molestia —comenzó a decir alzando la voz—. Lo cierto es que no tuvimos tiempo de averiguar el nombre de esta barriada, pues justo al internarnos en ella fue cuando el temporal nos pilló desprevenidos.

Los otros dos se quedaron a solas en el salón, mirándose con gesto confuso pero sin saber muy bien qué hacer.

El pasillo de aquella casa era largo, pero gozaba de buena iluminación. Bajo sus techos habían colocado planchas de escayola para reducir su altura con respecto al suelo, lo cual era bastante novedoso para la época, y en lugar de aparatosos candelabros, habían empotrado potentes óculos a todo lo largo. La luz de aquellas lámparas bañaba las paredes, que de mitad para arriba estaban pintadas de blanco y de mitad para abajo lucían un pronunciado gotelé color vainilla. Había un armario que hacía las veces de zapatero a mitad del pasillo, hecho con madera de roble y con una pesada plancha de mármol que servía de repisa. Sobre el mueble, colgando de la pared, había un espejo ancho y de poca altura, cuyo marco de oro estaba decorado con detalles en relieve de graciosos querubines tocando la trompeta.

Al mirarse en él con gesto seductor, Arturo se dio cuenta de que el reflejo de la joven se proyectaba a su lado, desde la habitación que había justo a su espalda. La señora Rosa permanecía allí dentro en completa oscuridad, observando con aire melancólico el paisaje invernal a través de la ventana.

El hombre se dio la vuelta extrañado ante el aparente cambio en la actitud de su anfitriona. Ahora que tenía ganas de fiesta, no estaba dispuesto a dejar que nadie se las chafara.

—¿Se encuentra usted bien, señora Rosa? —preguntó de inmediato con fingido interés.

La mujer se giró un tanto sobresaltada, saliendo bruscamen-  
te de su ensimismamiento.

—Me ha asustado, no le había oído llegar —dijo al fin, un poco más calmada desde el otro lado de aquella habitación que a todas luces parecía tratarse de su propio lecho conyugal.

Salió rápidamente de allí, cerrando tras de sí la puerta y ya visiblemente incómoda ante tanta impertinencia como mostraba ahora su huésped.

—Lo cierto es que me encuentro un poco rara. He visto... he visto que el temporal se ha reducido ya a un simple gotear de pequeños copos de nieve —expuso luego atropelladamente con evidente nerviosismo—. No quisiera parecer grosera, pero debo pedirles que se retiren ya. Por las ropas no hay problema. Pueden volver otro día a por ellas si quieren, o si no, pueden llevárselas en algunas bolsas. Ya me darán sus direcciones para recuperar las que yo les presto.

Mientras hablaba con creciente impaciencia, el hombre iba acercándose a ella lentamente, con un brillo lujurioso en la mirada que no hacía sino incrementar su nerviosismo. Al final, su espalda encontró la dura superficie de la puerta de su cuarto y ya no pudo recular más. Arturo posó su mano sobre la hoja de madera, inclinándose hacia ella hasta que sus cabezas casi rozaban la una con la otra.

—Oh, vamos, señorita Rosa —dijo a continuación, enfatizando su nombre con lascivia—. ¿No me dirá que ahora ya no siente ganas de satisfacer sus más bajos instintos, con tres sementales como nosotros?

Un destello suplicante delató en la mirada de la mujer el terror que la atenazaba ya en ese momento. El hombre pensó que estaba a punto de llorar, pero aquello, lejos de mitigar su sed de sexo, no hizo sino acrecentarla considerablemente.

—Mi marido tiene que estar al llegar —lo amenazó con apenas un tímido hilillo de voz.

El terror paralizaba sus miembros y estrangulaba su voz de forma alarmante. Sin embargo, esto cambió muy pronto, ya que su propio instinto de supervivencia puso en funcionamiento sus mecanismos de defensa más básicos.

Sin pensárselo dos veces, propinó un rápido rodillazo en la entrepierna del hombre, quien, viéndose sorprendido por tan

inesperada acción, no tuvo tiempo de protegerse. Arturo se dobló sobre sí mismo emitiendo un ahogado quejido, mientras la joven aprovechaba para salir corriendo por el pasillo en dirección contraria al salón, es decir, hacia la puerta de salida de su casa. Con una mano tiró del pasador que accionaba la cerradura y abrió la pesada hoja de madera, saliendo al exterior sin importarle el frío que hiciera afuera ni las escasas ropas que llevaba encima. Quería llegar cuanto antes a la pequeña barriada que había un poco más abajo, descendiendo por aquella empinada pista de hormigón, que ahora permanecía cubierta completamente por un manto de nieve. Al internarse en el jardín que decoraba la entrada de su hogar, trastabilló aparatosamente debido a una pequeña placa de hielo que había justo ante la puerta, y a punto estuvo de caerse de bruces sobre la nieve. Sin embargo, consiguió mantener el equilibrio a tiempo, pero esto no le sirvió de mucho, ya que justo entonces sintió cómo el hombre la agarraba por uno de sus hombros, ahogando rápidamente el grito que nacía dentro de su garganta con la otra mano.

—¿A dónde quieres irte tan pronto, si todavía no ha empezado la fiesta? —le susurró al oído con tono diabólico. A continuación arrastró su cuerpo nuevamente hacia el interior de la casa, haciendo gala de una fuerza que la mujer jamás habría adivinado en un cuerpo tan delgado.

Una vez dentro, la tiró al suelo de un fiero empujón. La joven sollozaba desesperada, notando cómo le faltaba el oxígeno, debido al ataque de ansiedad que parecía estar apoderándose de ella.

—No me haga daño, por favor —suplicó entre jadeantes lamentos. Pero el hombre propinó un violento puntapié sobre su cara y se abalanzó sobre ella, tapándole la boca otra vez con una mano, en previsión de que pudiera comenzar a gritar. La mano que tenía libre comenzó a deslizarse con impaciencia y rigidez entre sus piernas, mientras gruñía ya excitado por completo.

—¡Arturo! ¡No puedo creer lo que estás haciendo! —gritó su amigo Johnny desde la mitad del pasillo. Hasta entonces su mente se había estado debatiendo acaloradamente entre dos

pensamientos. Algo nuevo había hecho conexión dentro de su mente y el joven intentaba ignorarlo a toda costa, tratando de decirse que él no era como su amigo. Pero poco a poco, lentamente, un sentimiento oscuro iba apoderándose de su voluntad.

—Vamos, Johnny. No me dirás que tú no sientes las mismas ganas que yo de probar este dulce bocado —musitó Arturo con una voz que ya no parecía la suya. Era como si hubiera sufrido una extraña transformación, un cambio terrorífico que le había rebajado a la categoría de criatura preternatural—. Mira su cuerpo, cómo se convulsiona igual que el de una serpiente atrapada bajo las garras poderosas de un ave. Mira su rostro lacerado, cómo suplica sentir tu calor.

La joven se debatía desesperadamente bajo los poderosos brazos de su agresor, aún tumbada en el frío suelo. Johnny la observó detenidamente, y su mente se abandonó de forma definitiva ante aquella extraña tentación que el mismo diablo parecía estar proponiéndole. La mujer le miraba suplicante, intentando pedir ayuda, zafarse de aquella mordaza humana que era la mano de Arturo. Aquel lunar que aún lucía en su pómulo izquierdo, que no había sido deformado como el derecho por los duros golpes que Arturo le propinara, hizo que la voluntad de Johnny cediera definitivamente.

—No seas hipócrita, Johnny. Lo estás deseando con toda tu alma. Lo estás deseando tanto como yo. Además, tú no tienes la culpa de que ella nos haya estado provocando todo el tiempo. Lo ha estado pidiendo a gritos desde que abrió las puertas de su casa de par en par, invitándonos a su fiesta privada. Ha estado pidiéndolo todo el tiempo, amigo mío, todo el tiempo. Seguro que disfrutará de esto tanto como nosotros. Créeme, Johnny, no tienes nada que temer. No te arrepentirás de participar en esta fiesta.

Afuera había dejado de nevar y el cielo comenzaba a despejarse. Las nubes mostraban pequeñas franjas de cielo estrellado entre los desgarrones de sus grisáceos cuerpos. Las laderas de los montes presentaban un aspecto gélido, con aquellos mantos de nieve reflejando la escasa luz que les llegaba desde los cielos,

pues en ocasiones, la luna llena asomaba su faz entre aquellos ventanales que se abrían en las vaporosas techumbres.

En algún bosque lejano un lobo aulló a la muerte, lanzando su quejumbroso lamento, que reverberó entre las paredes de las montañas con fantasmal desencanto. La villa entera parecía dormir con cierta placidez, ajenos todos al horror que una persona sufría en sus carnes bajo el abrigo de las paredes de su propia casa. Cada ser humano buscaba el refugio y la seguridad incierta que sus pesadas mantas le otorgaba en aquella fría noche.

Unas lágrimas cargadas de angustia cayeron sobre las baldosas de aquel pasillo, rodando con pesadez por el rostro lacerado de la mujer. Los jadeos infernales, como de bestia inhumana, que aquellas criaturas mal llamadas hombres emitían a cada segundo, llegaban a sus oídos cual eco proveniente del inframundo más deplorable. La frustración, la impotencia y la rabia ardían en sus entrañas, haciendo que se sintiera deseosa de no ser quien era en aquel momento, de no existir, de que sus recuerdos, su pasado y todo lo que significaba su vida se diluyeran por siempre en la nada más absoluta. Por si fuera poco sufrimiento el sentir aquel aliento apestoso sobre su nuca, aquel roce insoportable contaminando su piel y esos gemidos enloquecedores, tenía que soportar también el peso de su propia conciencia, quien le gritaba con desesperación que hiciera algo por evitar aquel infierno. Pero la naturaleza de su constitución obraba en su contra, pues por muy grande que fuera la rabia que latía en sus entrañas, jamás podría doblegar la fuerza de aquellas bestias que la sometían sin piedad alguna.

En el umbral de una puerta, medio oculta entre las sombras que inundaban el salón de la casa, se dibujaba la figura de un tercer hombre. Era aquel tímido personaje que apenas había intervenido en las conversaciones mantenidas con la joven Rosa. Aunque no era activamente partícipe de aquella atrocidad, observaba con pasividad toda la escena, sin hacer nada por evitar el crimen que ante sus narices se estaba perpetrando. Jamás habría podido imaginar que sus propios compañeros fueran capaces de tamaña vejación. Sin embargo, su propia cobardía le hacía

cómplice de todo aquello, pues no dudó en anteponer su seguridad frente a la alternativa de salvar a la joven.

Los gritos ahogados que llegaban hasta sus oídos eran como una tortura insoportable. Hasta tal punto sintió que le laceraban el alma, que incluso empezó a desear que alguno de sus compañeros terminara con la vida de la mujer cuanto antes. Es más, rezó para sus adentros para que así fuera.

Fue entonces cuando vio aquellos otros ojos en los que hasta entonces nadie había reparado. Era una mirada cargada de desesperación. La palidez más absoluta había decolorado el rostro del hombre que, con aliento contenido, contemplaba la escena. Por un momento dudó si alertar al resto de lo que estaba viendo, pero algo en la expresión de ese intruso hizo que enmudeciera por completo. Parecía estar ante un auténtico moribundo, pues, aunque se mantenía completamente erguido allí fuera, a unos cinco pasos del umbral de la casa, con su traje de ejecutivo y sosteniendo su maletín metálico en la mano izquierda, algo en su gesto recordaba a la misma muerte.

Las manos de Rosa se crisparon sobre los baldosines del suelo. Mirando hacia afuera vio entonces la figura de su marido, rígido por el miedo y la angustia. Sus uñas se partieron mientras le contemplaba, dejando regueros de sangre en su trayectoria. Una última palabra surgió de sus constreñidos pulmones, mientras el pecho de su agresor la aprisionaba contra el suelo cada vez con más violencia. La mano del otro hombre se cerró como una poderosa garra en torno a su cuello, y entonces sintió cómo la vida se le escapaba lentamente y cómo todo se difuminaba a su alrededor.

Entre aquellas brumas que entorpecieron su visión, pudo ver sin embargo, y antes de exhalar su último aliento entre estertores de agonía, cómo alguien penetraba en su hogar esgrimiendo una enorme hacha. Al fin su amado se había decidido a intervenir. Al fin había conseguido vencer el miedo, la desesperación o aquello que fuera lo que le había mantenido paralizado hasta entonces.

La sangre de aquella mala bestia que tenía sobre su cuerpo regó entonces su rostro, manando profusamente por la herida

que el hacha abrió en el cuello de su agresor. Los dos violadores habían estado todo el tiempo de espaldas al recién llegado, quien les sorprendió haciendo uso de una inusitada violencia y rapidez, fruto del más puro y latente sentimiento de venganza. Pues esa misma era la palabra que apenas había podido oír brotar entre los labios deformados de su mujer... Venganza...

El tajo de la herramienta, que el marido de Rosa siempre tenía a mano en el jardín, hacía tiempo que no era afilado debidamente y ahora estaba un poco herrumbroso y mellado. Normalmente usaban el hacha para cortar trozos de leña y usarlos en una parrilla que tenían en la parte trasera de la casa. Pero como hacía mucho que no asaban nada allí, debido al escaso tiempo del que el atareado hombre disponía, el artilugio había caído en desuso durante los últimos años. No obstante, aún pudo segar la vida de aquellos malnacidos con suficiente eficacia.

Ahora tan sólo quedaba uno con vida, y le miraba preso del terror desde la entrada de su salón, justo al otro extremo del pasillo. El joven le observaba, ateridos sus miembros por un frío que no era fruto sino del mismo pánico, mientras el otro jadeaba por el terrible esfuerzo que acababa de realizar. Aunque la calefacción seguía dada, la puerta abierta de par en par dejaba entrar el aire gélido de afuera. Pero había algo allí cuyo origen preternatural hacía que se sintiera en los mismos huesos un frío insoportable. Los cadáveres de sus amigos yacían atrozmente decapitados. La sangre bañaba el suelo, filtrándose entre las juntas de las baldosas.

El recién llegado avanzó unos pasos con la mirada vacía, sorteando los cuerpos que bajo él seguían rezumando sangre. Tenía la camisa, las mangas de la chaqueta y el semblante teñidos por el rojo fluido que le había salpicado. Observó el rostro de su mujer, sintiendo cómo la más terrible pena hacía mella en su corazón, perforándolo como un grueso clavo.

—¿De qué maldito infierno habéis venido? —musitó al fin, deshaciéndose entre lágrimas de dolor—. ¿De qué jodido infierno habéis venido para destrozar nuestras vidas?

Su voz surgía envuelta en un eco de pura rabia y se iba intensificando por momentos. Varios botones de su camisa habían

saltado por los aires debido al esfuerzo que acababa de realizar, y su corbata pendía ahora sobre su fornido pecho con el nudo a medio deshacer. Alzó el rostro de nuevo, posando su mirada otra vez en aquel miserable que tenía a unos metros frente a él.

El joven quiso hablar, defenderse, mostrar su inocencia en todo aquello. Pero un poderoso sentimiento de culpa paralizó sus cuerdas vocales haciendo que tan sólo emitieran un gutural quejido que lejos estaba de parecer una palabra humana.

El otro jadeaba cada vez con más fuerza y su ceño se frunció en una expresión de pura ira. En esos momentos la rabia anesthesiaba y anulaba misericordiosamente cualquier otro sentimiento que pudiera bullir dentro de su alma. Tuvo la certeza de que, mientras alguna de aquellas bestias inhumanas siguiera con vida, tendría algo con lo que descargar toda su furia y así podría mantener durante algunos minutos más todos aquellos otros sentimientos a raya. Tendría que prolongar el sufrimiento de aquel miserable. Tendría que darle una muerte lenta y agónica, para que así su cerebro tan sólo funcionara a un nivel básico e instintivo, abandonado a una locura de sangre y violencia.

Mientras maquinaba todo aquello, con la mirada reflejando una demencia absoluta, la mano que esgrimía el hacha aflojó sus dedos en torno al mango y dejó que la herramienta cayera sobre el suelo, produciendo un sonido hueco. Esto no alivió al otro joven en absoluto, pues por la expresión que su oponente exhibía en el rostro, supo que la sed de venganza aún no se había aplacado del todo en sus entrañas. Una risa histérica brotó entonces de aquel ser compungido, confirmando tales sospechas.

El marido de la difunta Rosa se giró, encarando el espejo que tenía justo a su izquierda, aquel en el que pocos minutos antes se había mirado el agresor de su esposa. En un arrebató de locura, se acercó a él y comenzó a propinarle bruscos cabezazos, lacerando todo su rostro y el cuero cabelludo, resquebrajando la superficie cristalina, e incluso incrustándose pequeños fragmentos en su ojo izquierdo y en sus mejillas. La sangre manó a borbotones de sus heridas, pero el dolor de aquellas, más que una tortura, significaba un bálsamo con el que mantener enterrados los pensamientos que intentaban hacerse camino a través

de su mente. El hombre gritaba mientras aporreaba el espejo, y fue entonces cuando el otro se dio la vuelta para, en un desesperado intento, correr hacia la ventana del salón, a ver si por allí podía escapar de lo que prometía ser un destino aterrador.

Apartó los gruesos cortinajes con torpe desesperación. Sus movimientos eran lentos pues, acuciado por la premura, se sentía como medio paralizado. Los pasos sonaron al fin, lentos pero inexorables a su espalda, y aquella risa histérica del otro sonó ya a unos pocos metros.

Nadie debió oír entonces su último grito en mitad de la noche, pues la mano firme de su ejecutor tapó a tiempo su boca, mientras segaba su yugular con uno de los trozos de cristal de un certero tajo.

La sangre regó las cortinas blancas, y aquella horrible visión fue la última que pudo contemplar el tercero de aquellos malhadados jóvenes que esa noche osaron profanar el hogar de una feliz pareja como aquella que fueran Rosa y su marido.

## EL AMANTE ARREPENTIDO

Mientras observaba el exterior, a través del hueco que quedaba entre los cortinajes de la ventana, el marido de la difunta Rosa intentaba ignorar el dolor, aún latente en las cicatrices que surcaban su rostro. Aquellas horribles marcas parecían no dejarle olvidar jamás el tormento sufrido en el transcurso de aquella aciaga noche, apenas unas semanas atrás. Aunque las heridas de su carne estaban cicatrizando, el dolor permanecía ardiente casi como en los primeros días y sentía un constante palpitar por toda su cara. Un tosco parche cubría su párpado izquierdo, bajo el cual ya no existía ojo alguno. Sin embargo, todas aquellas preocupaciones no eran nada comparadas con el insoportable martirio que atenazaba su corazón y su alma desde que ocurriera todo aquello. El recuerdo de su esposa, tumbada en el suelo y sometida miserablemente por aquellos endemoniados violadores, era el dolor más insoportable de todos cuantos le afligían.

Sin embargo, en aquellos instantes, otra preocupación mucho más mundana mantenía sus pensamientos en constante ebullición. Aunque era un problema de menor categoría, no podía ignorarlo en absoluto y debía darle alguna solución cuanto antes.

—Maldito entrometido —musitó mientras seguía observando entre las cortinas, a través de la ventana de su habitación—. ¿Por qué no te vas a meter las narices a otra parte?

Durante aquellas últimas semanas había caído preso de la peor depresión que jamás sufriera en su vida, y lo cierto es que motivos no le faltaban en absoluto para ello. Mostraba un aspecto totalmente desaliñado. Apenas comía, dormía unas tres o cuatro horas al día, y nunca se cambiaba de ropa. Aunque no salía de casa, se mantenía vigilante la mayor parte del día. Y pese a que los directivos de la fundación para la que trabajaba

le habían asegurado que se ocuparían de todo el asunto, él desconfiaba cada día más. Primero había sido aquel agente de la Policía judicial. Había estado merodeando por la zona durante un par de días, haciendo preguntas a todo el mundo, como él pudo observar desde aquella casa, que ahora se había convertido en su guarida. Y ahora era este otro engréido.

Sus jefes querían mantener todo el asunto de los tres violadores completamente en secreto. Pretendían que la muerte de Rosa no tuviera nada que ver oficialmente con la de esos tres salvajes perversos. Y para ello habían entretreído una historia perfectamente creíble: la de que su mujer había perecido en un dantesco accidente de tráfico durante las vacaciones que ambos habrían pasado en algún país extranjero. Eso también explicaría los cortes de su cara, así como la pérdida de su ojo izquierdo. Decían que no les iba a representar ningún problema el ocuparse del asunto y mantenerle al margen de la misteriosa desaparición de aquellos tres hombres, cuya noticia ya había saltado a los titulares. Necesitaban a su mejor hombre alejado de problemas judiciales y aseguraban tener el poder suficiente como para encubrir todo aquello. Lo de su mujer tampoco representaría mayor inconveniente, salvo, por supuesto, en lo concerniente al dolor que sufría. Querían que ambos asuntos no trascendieran a la opinión pública de forma demasiado escandalosa.

Aunque el hombre no se podía ni imaginar cómo iban sus directivos a arreglárselas para cumplir con todo aquello que decían, decidió dejarlo en sus manos, delegar por completo en ellos. Bastante tenía él con su dolor. Era conocedor de las poderosas influencias que tenía su empresa en todas partes, sin embargo, eso era algo en lo que prefería no haberse entrometido nunca. Él hasta entonces se limitaba a realizar su trabajo y nada más. Lo cierto es que aquel agente de la Policía judicial no había vuelto a aparecer por allí, y tampoco le había molestado a él personalmente. Pero ahora había otro intruso merodeando por el lugar y eso había acrecentado su estado de nerviosismo.

Por su aspecto, y por la forma de dirigirse a la gente del lugar, enseguida dedujo que se trataba de un periodista. Aque-

llas sabandijas engréidas siempre tenían que estar metiendo el sucio hocico en todas partes.

Tenía la cabeza hecha un lío. Ahora que ella ya no estaba, la única razón de su vida era ver cómo tantos años de investigación, de absoluta entrega a sus proyectos, se veían al fin culminados en la obra maestra que se estaba gestando subrepticamente, al abrigo de los insondables muros de la fundación, y bajo su propia batuta. Tenía que poner al fin la última piedra de aquella inmensa obra faraónica de la ciencia, la cúspide de su gran creación. Se lo debía a ella, pues sentía que por culpa de su trabajo había desperdiciado toda una vida de tiernos romances. Ahora que Rosa no estaba, no podía dejar inconcluso aquello por lo que la había dejado tantas noches relegada a un segundo plano. Sin embargo, nada de eso sería posible si aquellos malditos engréidos seguían metiendo sus sucias narices donde nadie los llamaba.

Mientras todos aquellos pensamientos desfilaban por su mente, apretó los puños con fuerza, deseando poder golpear al hombre que seguía interrogando a una de sus vecinas allá abajo, en la barriada que se extendía bajo la loma en que estaba su casa. Este conjunto de edificios se levantaba sobre una enorme escombrera, allí donde una cordillera delimitaba el lugar por la cara sur. Las viviendas, de dos pisos, habían sido construidas de forma que quedaban alineadas en la parte más interna, dejando una pista asfaltada entre la acera que las recorría y una franja de hierba segada con varios bancos a modo de paseo. Desde aquella improvisada zona verde, donde se agolpaban algunos tendales, se podía contemplar la mayor parte del pueblo: el campo de fútbol con sus terrenos arenosos en la ladera de enfrente; la plaza central allá abajo, donde la cancha, junto con el pequeño parque, que estaban rodeados por la iglesia y el sencillo supermercado, y luego el resto de barriadas que se esparcían por el valle. La carretera comarcal se extendía allí abajo como una arteria sinuosa, partiendo la aldea por la mitad.

—Ojalá pudiera saber qué es lo que estás preguntando, maldita alimaña —musitó el hombre, quien aún continuaba escudriñando a través de su ventana.

Aquel tipo parecía bastante joven. Vestía con pantalones de color caqui, provistos de amplios bolsillos en sus perneras; jersey de cuello de cisne, y una fresca chaqueta de color marrón. Estaba claro que intentaba mostrarse amable con la mujer a la que ahora se dirigía, con intención sin duda de poder sonsacarle alguna información que le resultara valiosa.

El corazón del hombre se aceleró repentinamente, al contemplar cómo la mujer, una señora madura de pelo rubicundo a la que apenas conocía, señalaba claramente en dirección a su hogar, unos metros por encima de la posición donde se encontraban ella y su interlocutor. El supuesto periodista alzó la vista hacia el lugar que le habían indicado, y luego asintió esbozando una sonrisa, dando seguramente las gracias a la mujer.

Pocos minutos después, el hombre contempló alarmado desde otra de las ventanas de su casa cómo el joven periodista ascendía ya por la pista de hormigón, camino del jardín que había ante la entrada de su hogar.

El chirriante sonido de la verja le hizo enfurecer más todavía. Aquel entrometido estaba teniendo la desfachatez de colarse en su propiedad. Llevaba bajo el brazo un portafolios y exhibía una mirada de atenta curiosidad. Sus pasos se mostraban lentos pero decididos mientras cruzaba el estrecho camino que iba a dar a la puerta de entrada. Mientras tanto, escudriñaba con descaro todas aquellas plantas, algunas de ellas de exótica naturaleza, fascinado seguramente por su belleza. En un rincón del jardín, también se podía contemplar un hermoso estanque de aguas verdosas, donde unos nenúfares flotaban lánguidamente sobre la superficie tranquila de las mismas.

El marido de la difunta Rosa agachó la cabeza entonces, abatido. Recuerdos de otros tiempos mucho más felices atormentaban su mente, desfilando con asombrosa rapidez ante sus ojos cerrados. Aquel jardín era la huella más visible de todo cuanto había obrado su amada en vida. Cada hermosa planta, cada pincelada de color que allí brillaba con alegría, cada brizna de aire que flotaba sobre el lugar, llevaba implícita la esencia de aquella mujer. Se había dedicado en cuerpo y alma durante años a hacer que ese jardín rebosara belleza por los cuatro costados. Quizás

era la forma de hacer que tanta ternura no se marchitara dentro de ella, puesto que su marido no supo quererla como de verdad se mereció. Ahora ella estaba muerta y el jardín había sido terriblemente profanado. Bajo todas aquellas plantas, en las entrañas mismas de la tierra que su mujer tanto había amado, yacían enterrados los cuerpos corruptos de aquellas bestias inmundas.

El sonido del timbre devolvió al hombre a la realidad. El joven llamaba por fin a su puerta, violando la intimidad de su tormentoso luto. Se arrastró hasta la entrada aún con el sucio pijama por única vestimenta. Durante unos segundos, observó al intruso que había invadido su jardín a través de la mirilla. Parecía un tanto impaciente. Estuvo a punto de no abrir la puerta, sin embargo algo le impulsó a hacerlo en un último momento.

—¿Qué es lo que busca? —espetó sin miramientos, apenas asomándose entre el marco de la puerta y la gruesa hoja de madera barnizada.

El otro reaccionó al instante, sobresaltado ante el aspecto del hombre que le hablaba y la brusquedad con que lo hizo. Su primer impulso fue dar media vuelta y salir corriendo. Pero era un periodista, y su trabajo requería cierto arrojo y, en algunos casos, falta de escrúpulos.

—Perdón, señor. Espero no molestarle. Soy Pedro Jiménez, del diario *Alba* —se presentó atropelladamente, sin poder disimular su extrañeza y nerviosismo. Extendió su mano temblorosa para mostrar una tarjeta con sus credenciales—. Tan sólo deseaba hacerle unas preguntas. Estoy cubriendo el extraño caso de unos jóvenes comerciales desaparecidos hace apenas unas semanas. Las últimas investigaciones de la policía sitúan su paradero posiblemente en algún lugar de este pueblo. —El joven se sentía terriblemente abrumado ante la mirada llena de ira que le lanzaba el otro con un solo ojo. Ya no sabía muy bien lo que decía, pues el temor ofuscaba su mente—. Una señora... una señora que vive por aquí cerca me aseguró haberlos visto el día de su desaparición, dirigiéndose a esta misma casa.

—No sé nada de lo que me cuenta. Yo por aquel entonces estaba lejos de aquí, de vacaciones en otro país —le espetó secamente el hombre—. Si no le importa, mi esposa ha falleci-

do hace muy poco y quisiera poder llorar su muerte sin más sobresaltos.

—Lo... lo entiendo, señor. Le acompaño en el sentimiento —se disculpó ruborizado el periodista.

—Usted no siente absolutamente nada. Lo único que lamenta es no haberme sabido sonsacar más información para su estúpido reportaje, debido a la torpeza de su proceder. ¿Acaso piensa que no puedo adivinar lo que está pensando? Cree estar sobre la pista de algo importante. Está seguro de que puede llegar muy alto después de tantos batacazos en su trabajo. Está cansado de cubrir noticias sin trascendencia alguna, meros chismes que encuentra rebuscando entre los callejones hediondos de alguna ciudad. Será mejor que no siga perdiendo el tiempo en este lugar. Ya le he dicho que estoy muy abatido por la accidental muerte de mi esposa, y sería de agradecer que no me trajera más quebraderos de cabeza.

Una vez dicho esto, el hombre se dio cuenta de que había hablado demasiado. Su subconsciente le acababa de traicionar. Todo aquello sonaba bastante a amenaza. Lamentó profundamente entonces el haberse dejado llevar por la ira de esa forma. Pero él no podía con aquello. La hipocresía implícita en el falso pésame que acababa de recibir fue la gota que colmó el vaso.

—Buenas tardes, joven. Y perdone mi conducta, pero como he dicho, no estoy pasando por muy buenos momentos —se disculpó vagamente, en un desesperado intento por parecer menos agresivo. Acto seguido cerró la puerta ante las mismas narices del periodista, sintiéndose cada vez más confuso y aturdido. Supo al momento que acababa de meter la pata.

El traqueteo del Fiat 128 casi hacía que sus ideas chocaran entre sí dentro de su cabeza. El motor del coche emitía un rugido quejumbroso mientras se incorporaba a la carretera comarcal, tras haber descendido la pronunciada cuesta que separaba la barriada alta del resto de la villa. Pedro Jiménez tenía muy claro que aquel hombre estaba escondiendo algo importante. Lo podía oler, pese a que nunca había sido un periodista muy avisado. De hecho,

todos en su redacción solían burlarse de su escasa perspicacia, de su falta de olfato para las noticias y su nulo sentido del tacto a la hora de entrevistar a la gente. Era un milagro que todavía siguiera conservando su empleo en el diario. También era bastante extraño que sus peticiones para encargarse de aquel caso hubieran sido escuchadas por sus jefes. Lo más seguro es que todos pensarán que aquel era un asunto sin demasiada repercusión. Pero algo le decía todo lo contrario. Una especie de sexto sentido se había activado dentro de él en el momento mismo en que había pisado el suelo de aquel jardín. Allí había algo más.

—Ese hombre esconde algún tipo de secreto inconfesable tras esa fachada de esposo abatido y destrozado —musitó, mientras encendía un cigarrillo que sostenía aprisionado entre sus labios—. Lo que no consigo entender del todo es esa extraña sensación que invadió mi cuerpo cuando crucé la entrada del jardín. —Tras decirse aquello, restó importancia al hecho, considerando que se trataba tan sólo de algún tipo de corazonada. Seguramente la noticia de su vida estaba allí mismo, junto a aquella casa, y por eso su percepción de periodista intentaba agudizarse—. Sea como fuere, no puedo dejar pasar esta gran oportunidad que me brinda el destino. Creo que ya va siendo hora de que mi suerte pegue un cambio radical.

Entre tanto, no muy lejos de allí, el viudo de Rosa permanecía sentado sobre el sofá de su salón, con la cabeza hundida entre los hombros. Frente a él, en la pequeña mesita que ocupaba el centro de la estancia, había varias cartas antiguas, junto con un diario que había pertenecido a su difunta esposa. Nunca se habría permitido violar la intimidad de sus páginas estando ella aún con vida. Pero ahora era diferente. La joven ya no estaba y no podría escuchar su voz nunca más. Aquellas palabras escritas eran la única forma que tenía de revivir su encanto, su ternura, su esencia misma. Ya había leído una parte sustancial del manuscrito durante el transcurso de aquellas últimas semanas. Por eso ahora, al mismo tiempo que abatido, se sentía en parte horrorizado. No podía dar crédito a lo que estaba descubriendo sobre la mujer con la que había compartido su vida hasta hacía muy poco.

“¿Qué es lo que hiciste, vida mía?”, el hombre meditó para sus adentros, sin poder evitar que su único ojo se humedeciera por las lágrimas. “Aunque mejor dicho, debería preguntarme qué es lo que te hice yo. Desatendí tus necesidades más básicas en el plano afectivo. Fui un marido frío y distante, que antepuso su propia ambición a la ternura de unos besos cálidos. Te traté con respeto y dignidad, y sin embargo, más que un amor, me convertí para ti en un simple compañero, alguien con quien solías comer y dormir de vez en cuando. Yo, y sólo yo, soy el culpable de que tuvieras que buscarte otras pasiones, de que te entregaras ciegamente a los brazos mismos de la locura al verte doblegada por tan amarga soledad. Pero, ¡Dios bendito!, jamás imaginé que estaba gestándose en ti semejante tipo de demencia. Todo esto no son más que delirios de una persona abandonada a su propia enfermedad mental.”

Aquel volumen, más que un diario propiamente dicho, era un grueso manuscrito donde se incluían varias páginas a modo de apuntes. Las notas hacían referencia sobre todo al mundo de la botánica, y más en concreto a un tipo muy especial de planta. El hombre venció sus propios escrúpulos para poder leer una vez más aquellas palabras. Necesitaba recrearse en su propia repugnancia, pues una vez conocida la aberrante realidad, ya nada cabía hacer sino llegar hasta el fondo del asunto.

El título de aquel legajo rezaba lo siguiente: *Joya Babilónica*. Y bajo el mismo se podía leer el texto que continúa:

Esta es una planta única. De naturaleza sobrenatural, también algunas veces puede llegar a mostrar su lado oscuro. Todo depende del alma de quien la cuide. Nunca otro espécimen ha logrado mostrar la magnificencia de la madre naturaleza en tamaño grado de esplendor. Todo aquel jardín que goce de su presencia verá su belleza multiplicada un millón de veces. Pero ha de ser cuidada siempre con el mayor mimo. Un solo descuido podría hacer que sus raíces se emponzoñaran hasta convertir la tierra que ocupan en un negro lodazal, donde el hedor y la muerte inundarán cada partícula de aire. Dicen que era el secreto celosamente guardado por los creadores de los jardines de Babilonia, el motivo de su fastuosa grandeza. La tierra sobre la que se asientan sus raíces debe

ser regada un día por semana, todos los sábados a ser posible, con la sangre de algún ser vivo. Cada una de las plantas que crezcan a su alrededor eclosionará llena de luz y el lugar cobrará vida. Incluso podrás sentir sus latidos bajo las plantas de tus pies, oír sus gráciles murmullos brotar de las hojas de los árboles o notar el abrazo de su atmósfera. Sin embargo, para poder llegar a sentir su aliento, para llegar a notar cómo tu jardín te ama, será necesario un mayor sacrificio. Sólo regando su tierra con sangre humana serás capaz de gozar de tan apasionado idilio. Pero cuídese aquel que ose alimentar la Joya Babilónica de semejante forma, pues una vez probado el néctar de la vida, su sed habrá de ser saciada hasta el fin de sus días con ese mismo jugo. De no ser así, la misma planta usará sus propios medios para hacerse con el fluido escarlata.

Bajo aquellas notas, Rosa había dejado unos apuntes garabateados en una apretada letra, casi completamente ilegible. Y esto es lo que rezaban:

*Estoy tan emocionada, tan llena de alegría. Todas esas sensaciones que antes me faltaban, ese aliento que notaba ausente dentro de mi pecho y el hormigueo que hace tanto tiempo que no sentía, han inundado otra vez mi alma de forma maravillosa. Este jardín me ha devuelto la alegría de una manera que jamás podré llegar a describir. Hasta ahora sólo he alimentado sus raíces con la sangre de algún animalito. Hámsteres o pequeños ratoncitos principalmente, que he podido ir comprando a lo largo de los meses en varias tiendas de animales. Con los ratoncitos no hay problema, porque a los dependientes tan sólo tengo que explicarles que son para una serpiente que me compré hace tiempo. Sin embargo, creo que estoy a punto de dar el paso definitivo. No considero perversa la idea de llegar a matar a un ser humano. Después de todo, hoy en día la muerte es algo completamente malinterpretado por nuestra propia especie. Ya no sabemos apreciar la hermosura de un sacrificio, el significado de un acto tan puro, de un tributo que brinda nuestro amor a la Madre Naturaleza. Otros pensarían que estoy loca, que soy una asesina. Pero ellos ya no pueden comprender. Ya no viven en armonía con la Tierra.*

—¡Cielo santo! ¿Cómo puede enamorarse alguien de... de un endemoniado jardín? ¿Cómo puede alguien caer víctima de semejantes locuras? —el hombre sollozaba amargamente aún tendido sobre el sofá. Su esposa había perdido el juicio por completo y él ni siquiera había tenido tiempo de darse cuenta, tan escasa era la atención que en vida le había prestado.

Ahora podía explicarse al fin por qué extraña circunstancia la joven había dejado entrar en su casa a tres extraños en mitad de una noche de invierno. Ya por aquel entonces había enloquecido por completo. Lo más seguro es que planeara la muerte de esos depravados, sin imaginarse ni remotamente los trágicos derroteros que al final seguiría su destino. El hombre no tenía dudas al respecto, ya que también había encontrado matarratas en su despensa cuando nunca antes la mujer había comprado aquel veneno para nada. En su profunda demencia, seguro que tenía pensado usar aquello para envenenar a los tres jóvenes.

Pero el hombre trataba al mismo tiempo de acallar otra voz, que intentaba surgir desde el interior de su subconsciente. Era casi un presentimiento, un vestigio de duda, fruto del terror más puramente atávico. ¿Por qué tan a menudo notaba ciertas sensaciones cuando se internaba en el interior de aquel jardín? ¿Por qué extraña razón estaba tan incómodo allí dentro? Recordó que siempre que llegaba a su casa atravesaba de forma inconsciente el corto tramo de camino, preso de una angustia inexplicable. Aunque nunca había querido admitirlo, aquel pequeño reducto de naturaleza siempre había causado en él una cierta desazón. Luego estaba también aquella otra circunstancia que aún no había podido explicarse a sí mismo con satisfacción. ¿Por qué maldita causa se había quedado paralizado durante tanto tiempo en el umbral de su puerta la misma noche que su vida era destrozada ante sus narices? Algo, mucho más preternatural que el mismo miedo, había petrificado allí fuera sus miembros, impidiendo que pudiera actuar a tiempo. Por todo ello, su inconsciente le gritaba desesperado que sí que había en aquel jardín algo fuera de lo común. Algo absolutamente maligno.